

Ara Antón

# Un pueblo sin tele ni tele



Editorial AGUSTINIANA

© Editorial AGUSTINIANA, 2010  
Paseo de la Alameda, 39  
28440 - GUADARRAMA (Madrid)

Internet: <http://www.agustiniana.es>  
E-mail: [editorial@agustiniana.es](mailto:editorial@agustiniana.es)  
Textos: Ara Antón

Portada y fotos: Manuel Sánchez  
Dep. Legal: M-27639-2010  
ISBN: 978-84-92645-02-2

...

El anciano levantó de nuevo la vista y miró al chico, interrogante. Captó éste enseguida su duda y aclaró.

-Me llamo Diego y éste -y señaló a su acompañante- es mi tío. Soy...

-Nieto de Enrique -cortó el viejo-. Lo sé. Dani me ha contado vuestra excursión de la mañana. Tened cuidado en el castillo. Hay algunos lugares peligrosos y a veces...

-A veces, ¿qué? -se impacientó el chico, al ver callar al anciano.

-Pues nada, que dicen que ocurren cosas raras. No quiero asustaros, sólo deseo que estéis preparados.

-¿Qué cosas? -inquirió Diego, interesadísimo y un poco medroso.

-Verás, muchacho, ante todo, no debes alarmarte, ya que, por lo que yo sé, no es nada desagradable.

Son más bien... -dudó unos segundos, buscando la palabra justa- sorprendentes, pero desde luego, no le pasan a todo el mundo, sólo a algunos, creo...

-Sí -interrumpió Toñín impaciente-. Vamos.

El anciano lo señaló con la cabeza.

-Presumo que él es de los elegidos -soltó crípticamente, y se aisló en su trabajo.

Diego titubeó entre seguir a su tío, que se alejaba ya por el camino, o intentar aclararse con el viejo. Optó por lo primero, pensando que en otra ocasión podría informarse mejor.

-Muchas gracias, señor -soltó mientras se alejaba, más por costumbre que porque supiera realmente si agradecía la explicación recibida o porque transmitiera su recado a Dani cuando despertase. Alcanzó a su tío, que ya empezaba

la subida hacia la fortaleza.

-¿Qué ha querido decir? -interrogó el muchacho, sin esperar respuesta.

-Gentes -lanzó el otro, sin dejar de trepar ni sonreír.

-¿Gentes? ¿Dónde? -insistió absolutamente desorientado Diego.

-Ahí -señaló impertérrito su tío a las murallas, que los desafiaban desde el azul.

-¿En el castillo? -quiso asegurarse.

-Sí -fue la tranquila aclaración.

-Pero... esta mañana no había nadie... -dudó de la cordura, no sólo de su acompañante, sino de todos los habitantes del pueblo, incluido el bueno de Matías.

-A veces -lanzó Toñín, sin alterar un ápice el gesto de su cara ni el ritmo de su ascensión.

Ya habían llegado al extremo de la muralla y empezaban a separarse de ella por el pequeño cuesto, buscando la entrada.

Diego no estaba seguro de querer introducirse en la fortaleza, pero la decisión confiada y hasta de alegría impaciente de su tío lo arrastraban. Así que lo siguió, ansioso de aventuras, pero temeroso de encontrarlas.

En cuanto giraron a la izquierda en el pasadizo, comenzaron a llegarle ecos de ruidos y bullanga, que en la mañana no habían percibido. Toñín palmeó contento mientras repetía cantarín.

-Sí, ahora; ahora sí.

Diego se resignó a su suerte. El deseo de ver qué ocurría dentro del castillo era superior a todo. De manera que se santiguó, para adquirir fuerzas y alguna protección, y siguió andando hasta desembocar en la sala de la chimenea.

El chico se quedó inmóvil, pegado a la pared como un sello a una carta. Hombres presurosos se movían de un

lado a otro portando objetos. Vestían unos sayos cortos, sujetos a la cintura con una correa de cuero y calzaban una especie de “¿medias?”, se interrogó Diego, y escarpines también de piel. Las mujeres arrastraban larguísimas faldas, cuyos bajos estaban verdaderamente cochambrosos. Llevaban los cabellos cubiertos por velos y toda clase de telas de colores diversos. Sólo las muy jóvenes mostraban largas melenas, que al niño no le parecieron precisamente limpias. Todos estaban ocupadísimos, colocando largos tableros y bancos, para montar, según dedujo el crío, un gran comedor. En algunas mesas ya había copas y cuchillos y en otras se estaban colocando en ese momento. Nadie les prestaba atención, iban y venían charlando y riendo, mientras hacían su trabajo.

Toñín atravesó la sala y buscó la salida al patio. Diego le siguió y su sorpresa no tuvo límites. Las zarzas de la mañana habían desaparecido. En su lugar, multitud de animales y personas se movían de un lado a otro o hacían corrillos, departiendo animadamente. Reconoció por sus ropas a los caballeros que había visto en la lámpara de su cuarto. Un par de jinetes acababan de cruzar el puente levadizo y desmontaban delante de ellos. Hablaban una jerga difícil de entender. Aunque, prestando atención, se podían captar palabras sueltas que le hicieron enterarse de sus comentarios.

-Estos montes ya no son lo que eran -decía uno de anchos hombros y cabellos grises- No recuerdo un sólo día de caza sin un par de jabalíes, y ya veis hoy, hemos conseguido media docena de conejos y diez o doce perdices.

-Decís bien, hermano -respondió el más joven, mientras hacía señas a un chiquillo, que corrió a encargarse de su montura-. Para cobrar piezas así no merece la pena salir tan temprano.

Rieron ambos atravesando el patio, llevando tras de sí el revoleo de sus bellas capas blancas.

Retrocedió Diego sin dejar de mirarlos y a punto estuvo de caer en el regazo de un hombre que, sentado ante un torno, al que hacía girar con el pie, fabricaba una vasija con barro húmedo. Murmuró una disculpa que el otro pareció no oír y se apresuró a seguir a su tío, el cual parecía conocer muy bien el recinto y buscar algo determinado. Se había parado ahora, mirando embobado los movimientos de un carpintero y su ayudante, quienes pulían la madera de un gran arcón, frotándolo con piedras arenosas. Cantaban maestro y aprendiz una alegre canción que acompañaba sus movimientos y que Diego apenas entendió, pero que debía de ser, o muy graciosa o muy pícaro, pues varias damas, sentadas a la sombra del torreón hacia el cual se dirigía Toñín, reían constantemente. Habían interrumpido sus tareas de bordado para mirar a los dos trabajadores, pero tampoco repararon en los visitantes, que se deslizaron pegados a la pared, buscando las zonas más oscuras. Un poco más alejados, dos caballeros maduros adiestraban a varios jóvenes en el manejo de pesadas espadas, que habían de levantar con ambas manos. El chico se olvidó pronto del carpintero y de las mujeres y los contempló embelesado. Desde luego no eran mayores que su hermano, pero se movían con una agilidad insospechada, parando los golpes que los dos maestros hacían caer en lluvia sobre ellos. Toñín se había acercado y, tomándolo de la mano, lo arrastró por detrás de las costureras, a la entrada de la torre. Chirrió la puerta de forma tan escandalosa, que Diego temió que, al volverse, iba a hallar los ojos de todas las gentes que atestaban el patio clavados en su cara. Pero no fue así. Cuando giró con prudencia sólo el ojo izquierdo, no vio a nadie que se ocupara de ellos, así que, sin más, siguió a

su tío, quien ya descendía por una escalera de caracol de altísimos peldaños, hacia las precarias luces que se adivinaban abajo.

-¡Gracias a Dios que has venido! -exclamó un anciano caballero, que se encorvaba sobre un polvoriento libro-. ¡Cada vez me cuesta más traerte! Debo de estar hecho un carcamal -murmuró como para sí, al tiempo que se tiraba rabioso de las largas barbas blancas-. ¡Pardiez! -se asombró redondeando los ojos-. ¡Te has traído un compañero! ¿A ver si no estoy tan tonto como pensaba? -volvió a rezongar.

Al chico le costaba trabajo entender su forma de expresarse, mas, escuchando con atención, captaba bien el sentido de las frases. Estaba un poco asustado del lugar casi tenebroso en que se encontraba, pero feliz de que el anciano lo hubiera visto, porque ya empezaba a creerse invisible y esa sensación lo intranquilizaba.

-Buenas tardes -saludó-. ¿Podría usted, por favor, hablar más claro?

-¿Más claro? Perdóname, pero creo que hablo todo lo claro que se puede hablar -contestó el anciano-. Me parece que el que no sabe expresarse demasiado bien eres tú; pero no me extraña, comprendo que Allá las cosas se hagan de otra manera. En fin, vayamos al grano, pues me temo que no podré manteneros aquí demasiado tiempo. ¡Puaf! Me estoy volviendo senil -dijo con asco. Y luego, mirando al techo de madera por el que paseaban arañas y cucarachas, cambió el tono hasta hacerlo soñador-. Hace años, sólo con desearlo, era capaz de convocar a toda clase de espíritus; ahora he de conformarme contigo- se acercó a Toñín y le palmeó la espalda-. No es que me queje. Eres un buen chico, pero me cuesta mucho entenderte y, además, pocas cosas me has enseñado...

-Bien -dejó al joven para acercarse a Diego, quien instin-

tivamente retrocedió un paso. El caballero ignoró su gesto y lo tomó por un brazo, siguiendo con su perorata-. Supongo que sabes, porque Allá lo sabéis todo, que soy Hugo de la Guiana. Estoy encargado de velar por los conocimientos y la salud de este castillo. Luego, si nos queda tiempo, puedo enseñarte la biblioteca y los copistas que tengo trabajando arriba. Poseemos una barbaridad de libros. La última vez que los conté había treinta y dos y, como puedes suponer, no hemos dejado de copiar todos los que he conseguido prestados de los monasterios de los alrededores. Aquí -y extendió el brazo libre mostrando la tétrica sala- pues ya ves lo que hay: redomas, ungüentos, hierbas y animales que uso para fabricar medicamentos, y pergaminos, que estas malditas ratas -y al nombrarlas disparó hacia adelante la pierna derecha, con tal puntería que un roedor salió volando por los aires hasta estrellarse contra una sólida estantería llena de recipientes y rollos de papel- ...que estas malditas ratas -repitió con una risita- van a acabar comiéndose. Sólo tengo esta tea encendida. Por ahorrar, ya sabes... -justificó.

-Sí -cabeceó Diego. En ese momento habría comprendido cualquier cosa que se le hubiera pedido, a fuerza de no entender nada.

-Te preguntarás por qué os he llamado -seguía el anciano, imparable-. Bueno, en realidad, llamar, lo que se dice llamar, he llamado a Toñín, que es con el que mejor conecto últimamente, pero el Señor, con el buen sentido que le caracteriza, te ha enviado también. Porque hay que reconocer que al pobre le mueven muy buenas intenciones, pero de aquí -y se señaló la sien- no tiene mucho. Bien, entonces, sólo necesito saber tu nombre y, una vez hechas las presentaciones, expondré mis cuitas.

-Yo... -titubeó el chico- me llamo Diego.

-De... ¿dónde? -quiso aclararse el viejo- o quizás Allá



baste con el nombre, porque Toñín sólo me dice eso, Toñín.

-Pues... no. Además de nombre tenemos apellidos y, a veces, también decimos de dónde somos.

-Ah, pues si no te molesta, me gustaría saber de dónde eres.

-No, no me molesta. Soy de León.

-¿De León? ¿Es que Allá se repiten los nombres de aquí? Bueno, bueno -cortó impaciente-. No importa, no quiero entretenerme; luego me quedo siempre a medias. Verás, Diego de León, el problema que tengo es muy serio. Esta misma mañana ha llegado el rey al castillo. Ya habrás visto que todo anda manga por hombro. Bueno, pues ha traído consigo al heredero y resulta que ha enfermado. Yo creo que por beber agua cuando estaba sudando... Se encuentra muy mal, tiene calentura, delira y vomita constantemente. Ya le he dado varias pócimas, pero no parecen mejorarle y, claro, te puedes imaginar que no me haga ninguna ilusión que se muera en el castillo, con el descrédito que eso supondría para mí...

...